

# Miriam Makeba: La muerte y todo lo demás

Jorge Núñez Vega  
Profesor e investigador  
Cubano. Residente en España

Serán cerca de las doce, pero en lugar de sueño hay una sensación rara: la que uno tiene cuando sabe que debe hacer algo y no se acuerda de qué. Repasa los detalles con su asistente una vez más y lo halla todo en orden. Lo acepta como quien acepta que se está haciendo mayor. No porque resulte un estorbo tener 76 años, sino porque en esos 76 años ha visto muchas cosas, las más hermosas y las más horribles, pero nunca ha sentido lo que ahora siente. Va y abre la ventana.

Caserta estaba apagada. Aprovechando la ausencia de semáforos, un *scooter* pasa de prisa, rompiendo la monotonía dominante. Ella fija los ojos en el palacio que cierra el paisaje, como un horizonte próximo, y apoya los dedos sin querer en algo. ¿Qué? Un libro. La portada tiene un hombre con un arma, fragmentos rotos, representaciones de sangre. Se titula *Gomorrah. Italy's other Mafia*, por Roberto Saviano. Aquel hombre y su historia le han traído hasta Campania. Con cara de no romper un plato, Roberto ha investigado los negocios del crimen organizado. Lo ha puesto todo en papel y lo ha publicado. Ahora vive con cinco guardaespaldas. Francesco Schiavone, del clan Casalesi, ha jurado que lo mataría antes de Navidad.

Pocas horas antes hablaban por teléfono. La voz amable de Roberto le agradeció el apoyo. Ella ha anunciado tanto su retirada que

nadie sabe con certeza si está en activo o jubilada. ¿Lo sabe ella misma? Lo que cuenta Roberto es tan duro, porque no le impresionan los peligros que asedian a Saviano. Durante su larga vida ha convivido con amenazas diversas. La cuestión es otra; *Gomorrah* también es África: intoxicación del territorio, tráfico de personas, sicarios, armas, drogas, miedo, silencio, violencia, niños involucrados, mano de obra barata. El Sur como vertedero del Norte; coincidencias que obligan siempre a volver, a abrir la boca una vez más, esta vez por un enclave africano en el borde de Europa. Abrir la boca, cantar, decir, a pesar de la artritis y por encima de la opinión médica. Es necesario, por lo olvidadizos que somos: «Si depende de la memoria, a este hombre lo matan», piensa mientras se lleva una mano al pecho. La gente va de una cosa a otra y hasta los sucesos más monstruosos terminan enterrados por otros, probablemente banales, pero con potencia para encubrir. Esos enterramientos diarios son crímenes que cometemos para continuar viviendo.

La mano de Miriam ha ido a parar al pecho. Ahora presiona el lado izquierdo, se diría que sin aspavientos. Pero cuando se arruga la bata estampada en ocre y naranja, la presión no puede ocultarse más tiempo. El dolor se declara en toda su gravedad. Tiene un mareo, se tambalea y termina apoyándose en la mesa donde dejó el libro, que ahora estaba en el



suelo, abierto, con la cubierta hacia arriba. La asistente vuela y la atrapa al caer. Sin saber muy bien cómo, se bifurca: una sujetó el cuerpo inmenso que se derrumba y la otra abre el teléfono móvil. Marca el número aprendido de memoria, escrito en un papel dentro de su bolso y guardado en la memoria del aparato: 3854444.

Responde una voz de mujer: «Clinica Pineta Grande. Pronto Socorros». Y no hay casi nada más que decir. Las instrucciones están dadas, como si el desplome fuera un acontecimiento esperado. La del teléfono avisa al responsable del hospital, que a aquella hora es la doctora Vicenza di Saia, y una ambulancia que parece una caja de zapatos sale disparada de Castel Volturro.

Mientras tanto, el dolor se extiende hasta el maxilar inferior y por todo el brazo izquierdo. Está sentada y le mantienen dobladas las rodillas. Algo invisible que pesa muchos kilos le aplasta el pecho. De pronto siente que le falta aire, pero es una sensación que se disipa rápido. También siente que le secan el sudor y el brote amargo de una pastilla deslizada bajo su lengua.

Ha sobrevivido al cáncer, a un accidente de aviación y a varios de coche. Tiene experiencia en ciertas situaciones. Algo le dice que todo termina. Aún así es difícil saber qué cosas pasan por la cabeza cuando uno es un cuerpo que otros llevan al hospital. Quizás temer por uno mismo. O acaso dejar los aspectos prácticos a los médicos y comenzar a recuperar cosas queridas, a reunirlas como quien hace las maletas para mudarse. Eso que se dice: cuando te vas a morir, tu vida te pasa por delante.

Si eso es verdad, ella vuelve al viejo Johannesburgo, la ciudad donde nació en 1932, la capital del apartheid, la masacre de Sharpeville y el tráfico de diamantes; regresa también al Kilmerton Training, los Manhattan Brothers, The Skylarks, y a cuando la tomaron, sí, para *King Kong*. A veces, cosas en las que ya no reparamos aparecen en los momentos decisivos, sin ninguna relación. Inexplicablemente, así es.

Los médicos le colocan una máscara de oxígeno, la monitorizan y la inyectan para sedarle el corazón, que se le ha disparado. La enchufan a un tubo plástico por el que empieza



a deslizarse la estreptoquinasa. Ella ni se escucha respirar ni ve la inquietud a contraluz en los rostros que se mueven sobre ella.

El dolor por fin remite. Ella se abandona definitivamente en aquellas manos. Recupera el año de 1960, la inquietud previa al lanzamiento del primer disco: *Miriam Makeba*. Se acuerda de Hugh Masekela, su marido, y tal vez por ahí suenan dos o tres notas largas de trompeta, acaso las que Hugh tocaría en su propio funeral días después.

De Hugh salta a Coltrane y de *Trane* al 23 de agosto de 1963. El reverendo King marcha sobre Washington junto con 250 mil activistas y pronuncia su famoso “I have a dream”. Entonces aparece Malcom X llamando farsa a todo aquello e instando a la violencia revolucionaria. Mientras, Sudáfrica es la excitación misma.

La ambulancia llega a la Clínica Pineta. Se abre por detrás y la camilla vuela por pasi-

llos. Puede advertir el tac tac de las ruedas al rodar sobre el suelo de mármol. Es raro, pero sus sentidos, que apenas registraron el ajetreo médico, se centran en aquel tac tac cílico, aquel ritmo: un, dos; un, dos, tres. Y mientras la llevan hacia algún lugar, va surgiendo la melodía primero y la letra después: “Sat wuguga sat ju benga sat si pata /. Hihi ha mama, hi-a-ma sat si pata...” Para la mayoría, ella es aquella letra pegajosa que, fuera de Sudáfrica, casi nadie sabe cantar bien y de entenderla ni hablemos, pero que en ninguna parte resulta desconocida. Con más de veinte discos, el público la mantiene atada a aquella “Pata Pata”. Hace mucho consiguió aceptarlo, porque la canción mueve a la gente y los niños se parten de risa. No está mal.

Recuerda cuando le dieron un Grammy en el 66 por *An Evening with Belafontel Makeba*. Primera vez que se lo daban a una africana. Recuerda las sesiones de grabación y piensa que

la bondad se parece a Harry Belafonte. También le viene a la cabeza el Festival de Cine de Venecia de 1959. Ella abre la muestra con el documental “Come Back, Africa”. ¿Qué ironía, no? No volvió a pisar Sudáfrica hasta Mandela, 31 años más tarde. En Venecia se entera de que le niegan el regreso. Harry le gestiona un permiso de residencia en los Estados Unidos.

Entonces aparecen imágenes de un hombre negro de unos 30 años. En una lleva americana de cuero, también gafas oscuras que le dan un aire de estar fuera del mundo; en otra, habla encendido como una antorcha y detrás, el cartel. *Black Power*. Stokely Carmichael llegó a gustarle mucho. Se casan en el 68 y salen de los Estados Unidos con los federales pegados a la espalda. Él viene de los Panteras y los del FBI practican la puntería con su fotografía. Consiguen escapar por los pelos.

Fidel Castro les invita a vivir en Cuba, pero finalmente se decantan por la Guinea del presidente Ahmed Sékou Touré. En los Estados Unidos se habla mucho de revolución, pero en Guinea van en serio. Es la base de operaciones de las guerrillas de Angola, Mozambique, Bissau y Cabo Verde. Están también Kwame Nkrumah y los del Congreso Nacional Africano (Sudáfrica). Conakry parece un mundo a punto de nacer.

Tal vez Miriam Makeba no recuerda nada de nada y simplemente fija lo que queda pendiente. Simplemente es una palabra compleja que se pronuncia rápido. El mundo es tan grande, tantas cosas van mal y ella muriéndose. Piensa en cuarenta millones de africanos hambrientos, entre ellos dos millones de niños. Y vuelve a pensar en las cejas gruesas y negras de Roberto. Tal vez se pregunta si la muerte de la artista africana más famosa de todos los tiempos es algo, comparada con la vida de los que tienen todo por hacer. Y ahí mismo el telón baja para siempre.



Un poco más tarde, a la hora de la prensa y las llamadas importantes, la asistenta vuelve a la habitación para recoger las cosas. Mientras amanece en Caserta, ella se llena de pensamientos fáciles, encadenados unos con otros. El 10 de noviembre de 2008 *Mamá África* muere y deja un continente de huérfanos. Cosas así.

Al entrar ve el libro de Saviano en el suelo y lo recoge. La esquina de una página está doblada y uno de los párrafos, marcado: «He nacido en las tierras de la Camorra, en el lugar con más muertos por asesinato de Europa, en el territorio donde la crueldad se halla ligada a los negocios, donde nada tiene valor si no genera poder; donde todo tiene el sabor de una batalla final». Estas palabras no han sido subrayadas, sino encerradas en elipse. Como cuando seleccionamos un anuncio clasificado o un lugar de destino.